

EL ARQUITECTO DE TODOS LOS ENIGMAS

Realmente es difícil escoger un tema puntual y concreto para hablar de Salvador Dalí. Su personalidad y su genio son tan enormes, al tiempo que tan sutiles que hacen que las diferentes facetas de su mente creadora se entremezclen dificultando la elección de uno u otro tema.

Parece que el contexto general de nuestra profesión y más concretamente el de nuestra querida revista, pediría de mí una explicación muy técnica de cómo he resuelto los problemas que ha planteado el montaje del Teatro-Museo Dalí pero esto sería demasiado fácil y no rendiría homenaje, como es mi deseo y creo que el de todos, a Salvador Dalí como creador.

Conocí a Dalí del brazo del querido amigo Ramón Guardiola, luchador infatigable por la consecución del Teatro-Museo desde sus inicios y por entonces alcalde de la ciudad de Figueres. Era en Mayo del 73 uno de aquellos espléndidos días de primavera ampurdanesa en los que después del soplo benefactor de la tramuntana aparece aquella vibrante luminosidad y la atmósfera se hace tan sutil que hasta las distancias desaparecen.

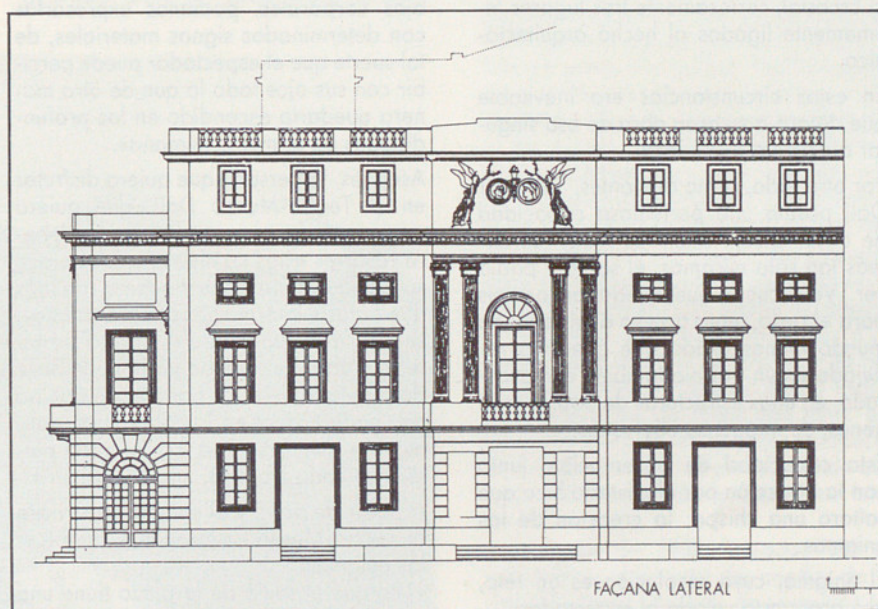
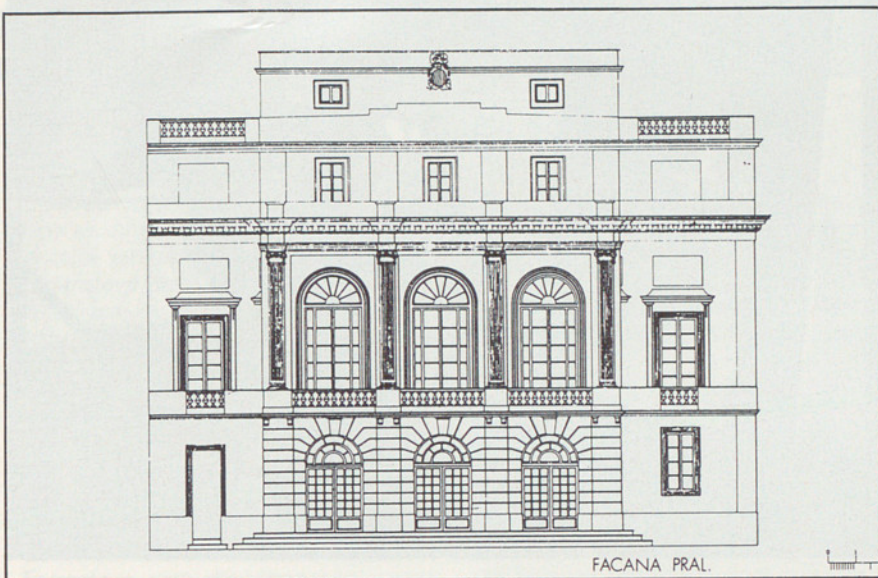
Hacia algo más de un año que yo había empezado a trabajar como aparejador municipal junto con nuestro inolvidable compañero Jaume Viñas, cuando recibí un aviso de que fuera de inmediato a la cafetería Astoria de la Rambla ya que me estaba esperando allí el Sr. Guardiola acompañado por el Sr. Dalí. El aviso decía además que llevara cinta métrica y papel.

Rápidamente me dirigí hacia allí emocionado por la idea de conocer a un personaje tan importante y controvertido y mis nervios en el momento de la presentación fueron tales, que con el faldón de la americana tiré el refresco que tomaba Dalí, haciéndose el vaso mil pedazos en el suelo.

Esta situación ridícula me llenó de estupor e hizo subir la sangre a mi rostro de forma violenta, pero quedé enormemente sorprendido al escuchar como Salvador Dalí decía dejando de lado la situación:

«Fíjese que forma tan maravillosa han adoptado los cristales en el suelo. Este aparejador es una maravilla».

No quiero alargar la anécdota. El trabajo que Salvador Dalí necesitaba fue realizado en un tiempo record y al siguiente domingo por la mañana me lla-



maba a mi casa desde el Hotel Palace de Madrid y me decía:

«Adamis (sic), ha llegado la caja de la Princesa, desde ahora Adamis lo hará todo».

Desde aquel momento siempre he observado en Dalí esta obsesión por las formas (observación e influencia de las rocas metamórficas del Cabo de Creus) y he admirado su asimilación de la situación espacial, así como su extraordinaria capacidad de observación, virtudes que me enseñó a cultivar y que están escritas subliminalmente en cada rincón de su Teatro-Museo.

¡Qué gran obra el Teatro-Museo! Según expresión de Gala la obra más importante de Salvador Dalí, formada por otras muchas más pequeñas, cuadros,

objetos, montajes y situaciones que conforman una sola que es el exacto reflejo de la personalidad del genio.

Desde entonces, en el año 1973, Dalí comienza a cubrir con un soplo creador la bella y ya terminada de restaurar infraestructura del antiguo Teatro de la Ciudad, poniendo en su gran obra toda su sorprendente y arrolladora personalidad y mostrándose ante mí como el Arquitecto de todos los enigmas.

Él vibraba con el misterio y poseía la facultad de crear atmósferas de misterio, no sólo en sus decoraciones sino en sus propias conversaciones. Había definido el Teatro Vicenza de Palladio como uno de los lugares más misteriosos y divinos, junto con la escalera del Chabannis y la entrada subterránea de los sepulcros de